

CRISTO SEGÚN SAN PABLO

No es fácil presentar en toda su amplitud la reflexión de San Pablo sobre Cristo. Esto porque Cristo no es tan sólo un tema de estudio para San Pablo, sino que es lo único que el Apóstol conoce y quiere conocer.

Escribiendo a los corintios les dice: «Pues nunca entre ustedes he presumido de conocer otra cosa sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (1 Co 2,2).

Intentaremos, conocer un poco de lo que Pablo piensa acerca de Jesucristo.

1. ¿Por qué conocer a Jesucristo?

Conviene esforzarse en conocer a Cristo porque Él es fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1 Co 1, 24), aunque para otros, como para los judíos y paganos pueda ser visto como escándalo y locura (cf. 1 Co 1, 23).

Cristo es sabiduría de Dios y al mismo tiempo es «salvación, santificación y redención» (1 Co 1, 30).

2. ¿Es Cristo realmente importante en la vida de San Pablo?

La importancia y grandeza de Cristo en su vida personal hace que Pablo afirme con convicción: «Para mí la vida es Cristo» (Flp 1, 21).

3. ¿Y qué pensaba San Pablo de las «otras cosas importantes» en la vida como la honra, el dinero, la vida misma comparadas con Cristo?

San Pablo, entre otras respuestas que en él podemos encontrar, escribe: «Lo que entonces consideraba una ganancia, ahora lo considero pérdida por amor a Cristo. Más aún, pienso incluso que nada vale la pena si se compara con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he sacrificado todas las cosas, y todo lo tengo por estiércol con tal de ganar a Cristo y vivir unido a él con una salvación que no procede de la ley, sino de la fe en Cristo, una salvación que viene de Dios y se funda en la fe» (Flp 3, 7- 9).

4. ¿Por qué Jesucristo reviste tal importancia en la vida de San Pablo?

Es el Hijo de Dios que viene al mundo a salvarnos, a hacemos hijos adoptivos de Dios. Por eso San Pablo les escribe a los Gálatas: «Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo el dominio de la ley, para liberarnos del dominio de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios» (Ga 4, 4-5).

5. ¿Hay algún escrito de San Pablo en el cual sintetice el misterio de Jesucristo?

Efectivamente, en la carta a los Filipenses encontramos un hermoso himno en el que se presenta de modo sintético todo el misterio de Jesucristo. Es un texto que conviene meditar y volver sobre él una y otra vez.

Dice San Pablo, invitando a los Filipenses a vivir procurando tener los mismos sentimientos de Cristo:

**«Tengan, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús.
El cual, siendo de condición divina,
no consideró codiciable**

el ser igual a Dios.
al contrario, se despojó de su grandeza,
tomó la condición de esclavo
y se hizo semejante a los hombres.
y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo
haciéndose obediente hasta la muerte,
y una muerte de cruz.
Por eso Dios lo exaltó
y le dio el nombre que está
por encima de todo nombre,
para que ante el nombre de Jesús
se doble toda rodilla
en los cielos,
en la tierra y en los abismos,
y toda lengua proclame
que Jesucristo es Señor,
para gloria de Dios Padre.» (Flp 2, 5-11).

6. ¿Quiere decir que San Pablo cree que Jesucristo es Dios?

Sí. San Pablo lo afirma en reiteradas ocasiones, como en los textos que ya han sido mencionados. Uno más, a modo de ejemplo, es el de la carta a Tito. Allí San Pablo instruye a vivir con moderación, justicia y religiosidad **«en espera de la feliz esperanza: la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, el cual se entregó a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificarnos, para que seamos su pueblo elegido, siempre deseoso de practicar el bien.»** (Tt 2, 13-14)

7. Y si Jesucristo es Dios, ¿ha tenido algo que ver con la creación?

Sí. Cristo ha tenido que ver con la creación. Escribiendo a los colosenses, San Pablo nos instruye sobre esto:

«Porque en él fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, las visibles y las invisibles:

Tronos, dominaciones, poderes, potestades, todo lo ha creado Dios por él y para él. Cristo existe antes que todas las cosas y todas tienen en él su consistencia» (Col 1, 16-17).

Y sobre nuestra relación con Cristo, desde antes de la creación, y nuestro ser creados en relación con Jesucristo, enseña también san Pablo a los efesios:

«Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia.

**Movido por su amor,
Él nos destinó de antemano
por decisión gratuita de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos
por medio de Jesucristo,
y ser así un himno de alabanza
a la gloriosa gracia
que derramó sobre nosotros
por medio de su Hijo querido»** (Ef 1, 4-6)

8. ¿A través de Cristo conocemos a Dios Padre?

Sí. San Pablo enseña que «Cristo es la imagen del Dios invisible» (Col 1, 15) y también que «Dios, en efecto, tuvo a bien hacer habitar en él toda la plenitud» (Col 1, 19).
«Porque es en Cristo hecho hombre en quien habita la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9).

9. ¿El actuar de Cristo está en consonancia con el querer de Dios Padre?

Sí, por supuesto. Cristo sólo realiza lo que el Padre quiere, a saber, la salvación de los hombres, la reconciliación de los hombres con Dios, necesaria para la salvación después del pecado de los hombres. Este obrar de Jesucristo reconciliándonos con Dios, es visto por san Pablo como un obrar de Dios. Por eso escribe a los corintios:

«Todo viene de Dios que nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. Porque era Dios el que reconciliaba consigo al mundo en Cristo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos el mensaje de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, y es como si Dios mismo los exhortara por medio de nosotros.» (2 Co 5, 18-20).

10. En el texto que ha citado antes ¿parece que Cristo actúa también de algún modo por medio del Apóstol?

Más claramente habría que decir que Cristo actúa por medio de la Iglesia, porque Cristo vive hoy en el mundo por medio de la Iglesia, que es su cuerpo.

Enseña san Pablo a los romanos:

«Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, por muchos que sean, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque todos nosotros, judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos recibido un mismo Espíritu en el bautismo, a fin de formar un solo cuerpo; y también todos participamos del mismo Espíritu (...) Ustedes forman el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro de ese cuerpo» (1 Co 12, 12-13. 27).

La cabeza de ese cuerpo, que es la Iglesia, es el mismo Cristo, como lo enseña también san Pablo:

«Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 18).

11. Cristo, entonces, es el Hijo de Dios que vino al mundo y se hizo hombre. ¿Cómo nos reconcilió con Dios Padre?

San Pablo recuerda que a través de la muerte Cristo nos reconcilió con el Padre.

«Con su muerte, el Hijo nos ha obtenido la redención y el perdón de los pecados» (Ef 1, 7).

«Ahora, en mi vida terrena, vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí» (Ef 2, 20).

«Porque yo les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras» (1 Co 15, 3).

«Sepan que nuestra antigua condición pecadora quedó clavada en la cruz con Cristo, para que, una vez destruido este cuerpo marcado por el pecado, no sirvamos ya más al pecado» (Rm 6, 6)

12. ¿Es porque Cristo ha muerto por salvarnos que creemos en él?

No sólo porque ha muerto por salvarnos. Sino, sobre todo, porque ha resucitado y resucitando nos salvó. Muerte y resurrección deben entenderse como dos caras de una misma medalla. La resurrección de Cristo es tan importante como su muerte, por eso san Pablo enseña que

«Si Cristo no ha resucitado, tanto mi anuncio como la fe de ustedes no tienen sentido (...) Si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes no tiene sentido y siguen aún sumidos en sus pecados» (1 Co 15, 14. 17).

«Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primer fruto de quienes duermen el sueño de la muerte» (1 Co 15, 20).

«Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no vuelve a morir, la muerte no tiene ya dominio sobre él. Porque cuando murió, murió al pecado de una vez para siempre; su vivir, en cambio, es un vivir para Dios» (Rm 6, 9-10).

La muerte y resurrección de Jesucristo son causa de nuestra salvación como enseña Pablo a los tesalonicenses:

«Nosotros creemos que Jesús murió y resucitó, y que, por tanto, Dios llevará consigo a los que han muerto unidos a Jesús» (1 Ts 4, 14).

Aprobado por el Señor Cardenal Arzobispo Primado
el 28 de octubre de 2008
Solemnidad del Señor de los Milagros